

Enemigos de la biblioteca

hace un par de décadas se descubrió que, hace ya 30 mil años, se registraba información ecológica de manera gráfica en tallas y pinturas. Sin embargo, fue hasta la época de la invención de la rueda, hace unos seis mil, que se iniciaron las bibliotecas, en civilizaciones ubicadas donde hoy están Irán e Irak.

En diversas épocas, el aprecio público por las bibliotecas ha variado. Cuando en los florecientes Estados Unidos se construían las primeras grandes bibliotecas modernas, en la decadente España de 1869 se vendían manuscritos insustituibles, ¡para la fabricación de juegos artificiales y cartón!

Ahora que se ha denunciado la venta por tonelada de libros de la Biblioteca Nacional (Universidad 977), hay que recordar que el enemigo más temible es el que actúa desde dentro. En los últimos quince años, prácticamente no recuerdo una sola vez en que recibiera un servicio eficiente o un trato amable en esa desafortunada biblioteca; pero aclaro que precisamente por eso la visito poco.

Hay que explicar que la eliminación de obras duplicadas es una práctica aceptada, aunque éstas suelen aprovecharse para canjes y donaciones, no para papel higiénico. En contraste, la eliminación de material poco usado sin evaluar su importancia histórica, es tan detestable como el que la administración de esa biblioteca obstaculice la entrada a una periodista. Por otra parte, nuestra Universidad queda en una situación bastante incómoda si quienes manejan así la Biblioteca Nacional se graduaron aquí. Por ejemplo, creo que fue en nuestra institución donde se impartió un cursillo para bibliotecarios de toda Centroamérica, enseñándoles la regla "si es viejo, bótelo".

De vez en cuando encuentro todavía bibliotecarios que no entienden el gran valor que se dan en las sociedades civilizadas a los textos antiguos, que son por irremplazables los más valiosos. De ninguna manera podemos suponer que, en literatura general o científica, lo más nuevo sea mejor.

Puedo mencionar otro caso de mi experiencia. Hace unos ocho años, logré canjear horas de trabajo por un lote de publicaciones antiguas que iba a desechar la Biblioteca de Ciencias del Museo Nacional de Costa Rica. A lo largo de los años he ido redistribuyéndolas entre quienes podían darles buen uso y así conocí mejor nuestras bibliotecas universitarias. Por ejemplo, envié por correo varios de estos libros a las de Geología y Agronomía. De la primera recibí una amable carta de agradecimiento; la segunda retornó el material sin más explicaciones que una nota garrapateada: "devolver". Afortunadamente, la Biblioteca Carlos Monge funciona muy bien: siempre envían un recibo y si tienen dudas de la utilidad del material donado, llaman para consultar.

En lo que respecta a la selección de obras, hay toda una serie de guías internacionales que sospecho no son de amplia difusión en Costa Rica. ¿Cuántos de nuestros bibliotecarios conocen la Ley de Bradford, por ejemplo? ¿Cuántos saben aplicar las ecuaciones que se han derivado de su trabajo para calcular el tamaño óptimo de una colección? ¿Quién se ha preocupado de la incapacidad del sistema de "comisión" para decidir adecuadamente la compra de libros? Tal vez nunca lo sabremos, porque ignorar las denuncias ha resultado una técnica muy exitosa en Costa Rica.